

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN MADRID.... { Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » año..... 10 »</p>		<p>FUNDADOR</p> <p>EDUARDO SOJO</p>	<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » año..... 12 »</p>	
---	--	--	--	--

merced, ¿no piden huevos, leche, azúcar, limón y canela? Dicho se está que piden natillas... pues á repú-



Según las últimas noticias, el Sr. Sagasta ha perdido la cabeza.



¡Adiós, Mendizábal!

LA FIRMA DEL TRATADO



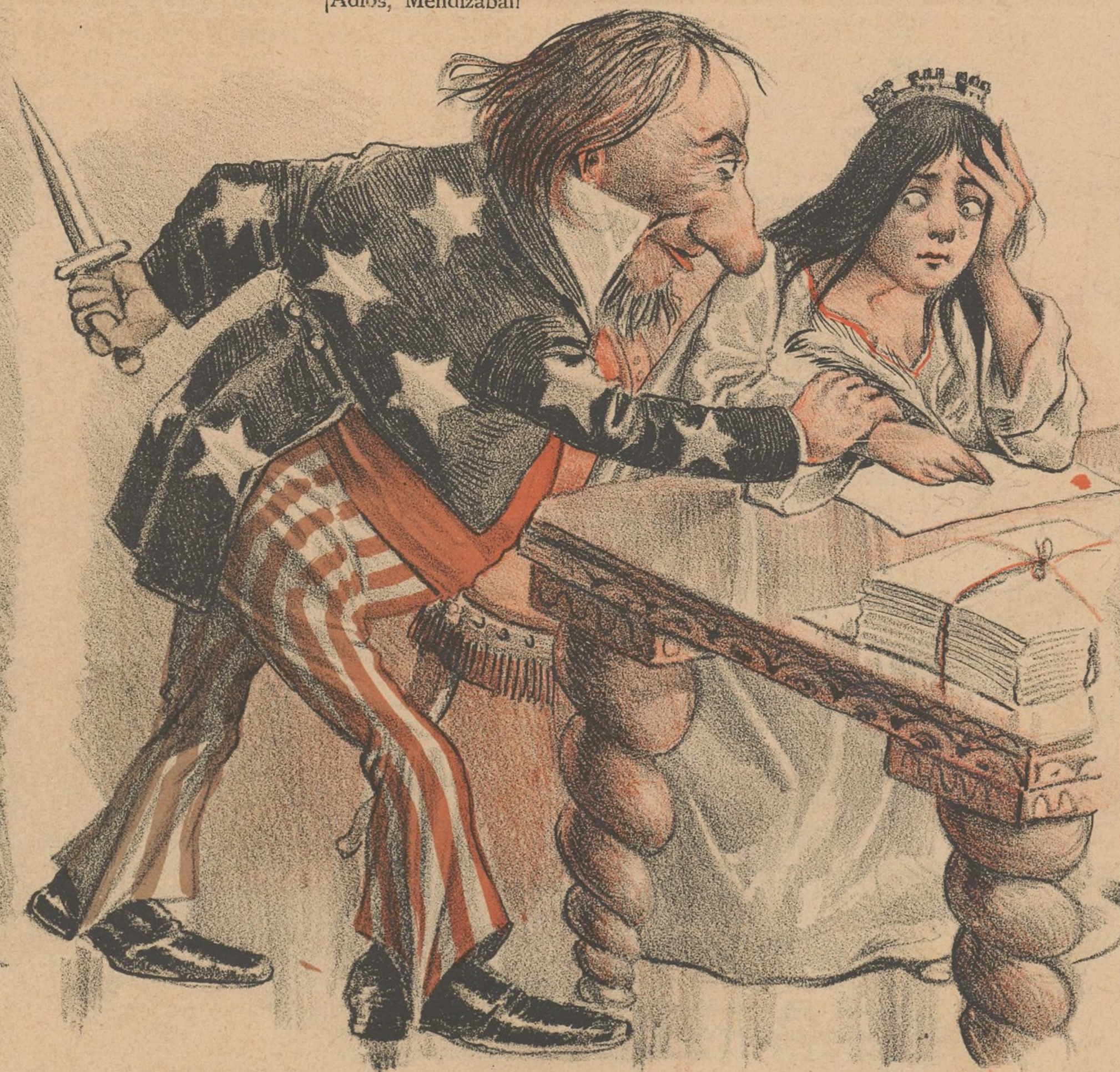
¿Me dan ustedes parte en el juego?



¡Dios mío, ¿qué saldrá de aquí?



Disponiéndose a obra.



A la fuerza ahorcan.



Esperando el momento de la regeneración.



Los yanquis continúan su obra humanitaria.

blica me sabe algunas de las particularidades pedidas... pues que lo digan de una vez.

—Blas y punto redondo.

Así es y cómo Blas lo dijo.

LA TIERRA DE PROMISIÓN

Cumplidas las centurias de innoble servidumbre, de Egipto salen libres los hijos de Israel; columna misteriosa de inextinguible lumbré les guía en las tinieblas al alejarse de él.

Desde el primer instante de la feliz partida, Moisés es su caudillo por ley providencial, el que ha de ver cercana la tierra prometida sin imprimir en ella ni la menor señal.

En las primeras marchas del largo itinerario aclaman los hebreos al ínclito varón, al hombre portentoso y al sér extraordinario que sacudiera el yugo del regio Faraón.

¡Qué júbilo tan grande mientras en rumbo cierto camina sin azares la hueste de Moisés!

¡Qué dicha, sin las tristes jornadas del desierto y sin las rudas pruebas que han de venir después!

Entor ces, ¡ay!, los días de amargas decepciones, las luchas con la ciega, rebelde multitud, que llama á los obstáculos perfidias ó traiciones, á veces prefiriendo la misma esclavitud.

Ni inspiración sublime, ni rasgos de energía; la fe que hace milagros al pueblo volverán, y aquella turbulenta, voluble judería hasta creará ilusoria la tierra de Canaán.

¡Eterno simbolismo! La eterna grey humana, en pos de otro horizonte, del ideal en pos, camino en incesante, perpetua caravana desde que el hombre es hombre, desde que Dios es Dios.

Moisés, el gran profeta, le marcará el camino; Colón, ¿qué importa el nombre?, su rumbo marcará: cambiando de piloto, más nunca de destino, la inmensa caravana sin detenerse va.

Sin elegirle nadie jamás le falta guía; obedeciendo á oculta y extraña evocación, de entre la turba surge, le impone su valía, y obtiene en el instante la popular sanción.

Cualquiera de sus hechos se tiene por prodigio, en torno de él se agrupa la muchedumbre fiel, le envuelve en el misterio, le colma de prestigio, le diviniza y parte cuando lo manda él.

Mas luego, de las pruebas en las infaustas horas, las dudas, quebrantando la fibra popular, en mallas invisibles enredándole traidoras cuando es indispensable seguirle y avanzar.

¡Mas todo, todo inútil! Abriéndose camino, las dudas confundiendo y ahogando la traición, etapa por etapa, destino por destino, los va cumpliendo todos en áspera misión.

¡Espíritu gigante que incógnito palpita en medio de las sombras, encarnación del bien! Ya es tiempo de que dejas la nada en que te agitas. La humanidad te espera. ¡Levanta, surge, ven!

Que en el amor que irradias se inflame todo pecho y oculte la discordia su repugnante faz, viviendo los humanos la vida del derecho á la fecunda sombra del árbol de la paz.

IN PACE

¡Lástima de tiempo y de patria!

Yo no sé lo que hemos perdido; debe ser algo, á manera de entraña, algo de adentro, constitutivo, esencial para la vida; lo cierto es que no hay temor de que nada nos conmueva, ni nada nos exalte.

Han pasado para siempre aquellos días épicos en que el pueblo, con sublime insolencia, tuteaba á los burgueses, estremecidos de terror:—¡Eh, ciudadano!...

Aquello era grande, había calor en el alma y centelleaba en los ojos un vértigo de heroísmo.

Cantaba Gravoche, cantaba audaz y arrogante, con una enorme forniture de granadero sobre sus bizarros harapos, llevaba su gran fusil al hombro, y estaba convencido de que por aquel cañón iba á salir la nueva luz á iluminar leyes y á barrer miserias.

Aquella voz era himno y era salmo, y el huracán que rugía sobre la tierra se la llevaba á girones gritando por todas partes: ¡Libertad, igualdad, nación!

Y hubiera jurado cualquiera que el cielo brillaba más y que los árboles se esponjaban, iluminados por un sol de gloria...

¡Y ahora!... Palabra de honor que no sé qué nos pasa; palabra de honor que me parece que hemos perdido todos lo que solía enseñar Gravoche á través de sus gloriosos harapos.

¡LOS YANQUIS!

No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros. Así

se extremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba.

Yo los he visto, á esos yanquis, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecía sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, á la caza del dollard. El ideal de esos canibales está circunscrito á la Bolsa y á la fábrica. Comen, comen, calculan, beben wiski y hacen millones. Cantan ¡Home, swee home!, y su hogar es una cuenta corriente, un banjo, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso aplopético, perpetuos espejos de aumento; pero su Emerson bien calificado está como luna de Carlyle; su Whitman, con sus versículos á hacha, es un profeta demócrata, al uso del Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y alcohol, fué el mártir de su sueño en un país en donde jamás será comprendido. En cuanto á Lanier, se salva de ser un poeta para pastores protestantes y para bucaneros y cowboys, por la gota latina que brilla en su nombre.

«¡Tenemos—dicen—todas las cosas más grandes del mundo!» En efecto, estamos allí en el país de Dorbdinac: tienen el Niágara, el puente de Brooklyn, la estatua de la libertad, los cubos de veinte pisos, el cañón de dinamita, Vanderbilt, Gould, sus diarios y sus patas. Nos miran, desde la torre de sus hombros, á los que no nos hartamos de carne y no decimos *all right*, como á seres inferiores. París es el guignol de esos enormes niños salvajes.

Allá van á divertirse y á dejar los cheques, pues entre ellos, la alegría misma es dura, y la hembra, aunque bellísima, de goma elástica.

Miman al inglés—*but english, you know*—como el *parvenu* al caballero de distinción gentilicia.

Tienen templos para todos los dioses, y no creen en ninguno; sus grandes hombres, como no sea Edison, se llaman Lynch, Monroe, y ese Grant, cuya figura podéis confrontar en Hugo en *El año terrible*. En el arte, en la ciencia, todo lo imitan y lo contrahacen los estupendos gorilas colorados. Más todas las rachas de los siglos no podrán pulir la enorme bestia.

No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán.

RUBEN DARÍO.

CRISTO EN LA TIERRA

I.

Fuera de la ciudad, á un lado del camino, Juan descansó un momento.

Acababa de pasar por todas las amarguras. La epidemia le había arrebatado á sus seres queridos y la huelga su mezquino jornal, arrojándole de la fábrica. Sintió todos los horrores del hambre y de la desesperación; nadie hizo caso de sus protestas, ni hubo mano cariñosa que enjugara sus lágrimas, y entonces, solo y vencido, triste y acongojado, se decidió á abandonar la ciudad, frío testigo de todas las emociones de su vida, para ir en busca de trabajo por esos mundos de Dios... Antes de emprender la marcha definitiva descansó un momento á un lado del camino.

Era al morir de la tarde: el viento traía á sus oídos el rumor sordo de la ciudad, que allá en el fondo encendía sus luces... Juan la miró con rabia y con tristeza ¡era el pasado, con sus alegrías y sus penas, que le abandonaba!... El porvenir inseguro, incierto, estaba en aquel camino que se perdía á lo lejos confundándose con el horizonte.

Y, después de todo, ¿qué le importaba á nadie del pasado de aquel miserable? ¿Qué le importaba á él mismo de su porvenir?

Esto pensaba Juan, mientras el cielo, ya esclavo de la noche, arrojaba sobre él sus tinieblas, y la ira y la venganza se apoderaban de su espíritu acongojado.

De pronto, súbita claridad hirió sus ojos, dando forma á los objetos que ya borlaban en las sombras sus duras siluetas...

La claridad venía del camino y se acercaba; se acercaba lentamente hasta mostrarse tal cual era... Y era un hombre hermoso, de faz pálida y ojos dulces y apacibles; un nimbo de luz ornaba su cabeza; la amplia túnica que le cubría ondeaba al viento; su paso era firme y majestuoso.

Juan, sobrecogido un momento, se levantó de pronto y le habló:

—¡Cristo! ¡Bien venido seas! ¡Te esperaba!

—¿Eres desgraciado? ¿Sufres? Pues bien, no me has esperado inútilmente... ¡Aquí me tienes!

—Sí; soy desgraciado y sufro; pero también odio!

—Entonces no es á mí á quien esperabas. Yo no sé lo que es el odio. El amor me anima solamente.

—Yo tampoco sabía lo que era odio; pero me lo han enseñado, me lo han hecho aprender los que me arrojan de la vida, negándome el derecho que conforta y el pan que alimenta. ¡Yo esperaba tu resurrección, porque sé la habías prometido á los que lloraban tu muerte y sufrían por tu ausencia!

—¿Mi resurrección? Resucité al tercer día de entre los muertos...

—¡No! Tu cuerpo, al que diste forma humana, desapareció, dejando el recuerdo de su martirio; tu espíritu sublime, que lanzaste al mundo, no vive entre nosotros... ¡lo han arrojado de la vida los mercaderes que tu arrojaste del templo! Mira si no la injusticia, reina y señora de la tierra; la desigualdad encarnando las leyes; la humildad escarnecida; el amor llorando en sus soledades... ¡Los hombres hacen lo superfluo con lo necesario de sus semejantes, y esperan confiados entrar en los cielos, aunque el camello no pase por el ojo de la aguja!... ¡Ya no reinas entre nosotros!... Por eso los pobres, los humildes, los abandonados, los tristes, esperábamos tu resurrección...

—¡Calla! en tu voz palpita el odio... ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Pero malditos los que tienen hambre y sed de venganza, porque ellos no entrarán en mi reino!

Dijo, y se alejó hacia la ciudad, con el paso firme y majestuoso con que cruzó en otro tiempo las encrespadas aguas del Tiberiades, mientras Juan, trémulo y convulso, caía á un lado del camino.

II

A la media noche, cuando el gallo canta y la doncella sueña con sus amores, y el artista idealiza sus pensamientos, y el vicio se revuelve en el lecho del placer, Cristo volvía de la ciudad. Volvía triste y pensativo; la amplia túnica ondeando al viento; el andar vacilante; la noble cabeza caída sobre el pecho; los apacibles ojos llenos de lágrimas... ¿Era verdad lo que el obrero le había dicho algunas horas antes? Tal vez, porque al llegar al lugar en que se hallaba, llamóle con aquella voz dulce que hizo salir á Lázaro de su tumba, y, ya en pie, le dijo con tristeza:

—¡Odial

Juan miró con ansia cómo aquella luz, que era la vida, se alejaba á lo largo del camino, y luego amenazó con su crispado puño á la ciudad, que era la muerte, y que aparecía en el fondo negra, muy negra...

ANTONIO PALOMERO.

LIBROS

Continúa publicándose con éxito extraordinario el *Diccionario de Modismos*, de D. Ramón Caballero, prólogo del ilustre filólogo D. Eduardo Benot.

Los cuadernos 2.º y 3.º que tenemos á la vista demuestran la importancia de esta obra, nueva en España, y el acierto con que está escrita.

Baraja de sonetos, por D. Francisco de la Escalera.

Recomendamos muy eficazmente este libro á los pudibundos *Luis* y demás señoritos de la hoja de parra. Precio: Una peseta.

CORRESPONSALES QUE NO PAGAN

Asunción Álamos.—Bermeo.

Ramón Martínez.—Ribadavia.

Manuel Álamo.—Villalba.

Antonio Flórez.—Cangas de Tineo.

(Se continuará.)

Almanaque de DON QUIJOTE

PARA 1899

Está ya en prensa, y publicará, entre otros originales, los siguientes:

Literatura extranjera. Poesías: *Jesús*, por Víctor Hugo; *Insomnio*, por Haine. Cuentos: *El literato*, por Catulo Mendez; *La cogida del Tato*, por Julio Claretie.

Poetas americanos: *Nieve de hartio*, por Juan de Dios Pesa. *La guitarra*: Cantares de Blasco, Redel, Alcaide de Zafra, Burgos, Avilés, Palau, Iruela, Machado, Paradas y Tovar.

Y artículos y poesías de Ramos Carrión, Balart, Barrantes (Pedro), López Silva, Silverio Lanza, Valle Inclán, Benavente, Rueda, Ferrari, Palacio (Manuel del), Dicenta, Pérez (Dionisio), Guillar, Delgado (Sinesio), Sawa (Miguel) y otros distinguidos escritores.

De la parte artística se han encargado notables caricaturistas españoles y extranjeros.

El *Almanaque de DON QUIJOTE para 1899* formará un elegante volumen de 64 páginas, é irá adornado con una artística cubierta en colores.

Precio: 50 céntimos para el público, y 40 para los correspondientes y suscriptores de *DON QUIJOTE*.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.